LA MANO VERDE

por Alfonso Alvarez Villar

autor de «LA CASA DE LA VIEJA HIGUERA» y «LA CONJURA DEL CAOS»

Pre: El horror de la guerra se mezclaba en el recuerdo con otro suceso misterioso y terrorífico... Un suceso increíblemente real como lo atestiguaban la cicatriz que cruzaba su mejilla y el ruido de los arañazos con que «aquello» se hacía presente por la noche.

–Toda guerra es terrible –sentenció el joven profesor Diéguez.

Y su apotegma hizo (como por un conjuro diabólico) que las chispas del hogar saltaran con más fuerzas.

Fuera, silbaba el viento, el viento otoñal que hacía girar las primeras hojas doradas. Sectores enteros del bosque cercano se teñían de rojo.

–Pero la guerra entre hermanos es aún más terrible.

Antonio Echevarría echó una mirada azul a las brasas, y, luego, agitó los cubitos de hielo de su vaso de whisky que espejaba los infiernos del hogar.

Luisa, la esposa de Diéguez, lanzó un puñado de astillas a la chimenea y las fue revolviendo una por una con el atizador hasta convertirlas en líquidas varillas de fuego.

La esposa de Echevarría, Carmen, se abrió aún más de piernas sobre la alfombra de nudos, que representaban una eterna primavera, y el horno rojo dibujó venas cobrizas en sus muslos.

Se oyó un rasgueo como de unas uñas en el intento de abrir una puerta.

–¿Es vuestro gato? –preguntó Luisa.

–No, no tenemos gato.

Antonio Echevarría palideció. Se veían los cubitos de hielo temblar en el vaso, con una musiquilla infernal.

Se levantó y cogió una negra Parabellum que yacía en una gaveta. Montó el arma. Luego salió a la noche ululante, dejando colarse en el salón una cabellera de hojas muertas.

–Hoy es sábado –musitó Carmen.

Se oyó un disparo y un alarido que parecía mitad humano, mitad animal.

Antonio volvió a entrar sacudiéndose de encima una película de polvo blanquecino. Perecía ahora más tranquilo.

–¿Un lobo, una zorra? –volvió a inquirir Luisa.

–Peor que eso. Pero no os preocupéis. Ya no nos molestará.

–¡Cuéntanos alguna de tus aventuras de la Guerra! –solicitó su anfitriona, volviendo a cargar los vasos con ópalos de whisky. Y miró largamente a Luisa como queriendo protegerla.

Luisa era una mujer menuda. Su blusa entreabierta, apenas dejaba elevarse dos suaves colinas rematadas en dos pequeños obeliscos marrones. Su cabellera rubia lucía como un espectro Kirlian cuando los rayos rojos del hogar la atravesaban. Se inclinó hacia Echevarría y parecía que su cintura se quebraba.

–Sí, yo pasé muy malos ratos durante la Guerra Civil. Pero lo que me ocurrió cerca de Cáceres es algo que vais a considerar como una calentura de mi

imaginación...
–Yo soy (o intento ser) científico, pero siempre estoy abierto a lo sobrenatural. Y más en una noche como ésta –le atajó Carlos Diéguez.
–Hace hoy, precisamente cuarenta y cuatro años que le ocurrió a mi marido eso que os va a contar.
Carmen se había tornado seria. Sus largas pestañas postizas parecieron durante unos instantes un bosque de lanzas macedónicas. Su voz de *mezzosoprano* sintonizaba ahora con el jadeo de las llamas.
Una chispa más roja salió de una astilla voluminosa y se perdió en línea recta por la chimenea. Antonio Echevarría montó en ella y la siguió por montes y valles. Carraspeó durante unos segundos, tomó un trago, e inició su relato.
–Cuando nos retirábamos de las fuerzas nacionales en Extremadura, se derretían los últimos calores estivales. Las noches comenzaban a ser demasiado largas y ya no se escuchaba el pitido de la cigarra. Marchábamos en columnas de a cuatro por un camino vecinal cercano a Guadalupe.
«De repente oímos el rugido de los motores de una escuadrilla de aviación. Miramos hacia el cielo azul y vimos «Las tres Marías» de siempre, los tres *Junkers* de los nacionales.
»Debieron pensar que constituíamos un grueso cuerpo del ejército porque se lanzaron a atacarnos. Todos nos dispersamos por las laderas, y algunos ingenuos intentaron instalar una ametralladora sobre las ramas bajas de un roble.
»Cayeron las primeras bombas. Vosotros creéis, por lo que se suele presentar en las películas, que una bomba sólo es un penacho de humo que mata a los que están alrededor. Os equivocáis: una bomba es un puñetazo sobre una piel de tambor. Los hombres que han tenido la mala suerte de hallarse cerca de la explosión quedan destrozados, pero aún a varias decenas de metros notas que la tierra tiembla y tú eres entonces una hormiga que bota al ritmo del suelo. Lo cierto es que entonces yo me vi «levitado» a varios centímetros para luego caer pesadamente. Así, una y otra vez, hasta que no pude más y salí corriendo por el camino vecinal que había quedado vacío.
»Antes de poner los pies en el blanco polvo mordido por el sol, vi a los de la ametralladora espachurrados sobre el árbol como despojos de una carnicería. El tronco y parte de las ramas comenzaban a arder. Todo estaba impregnado de un olor a botica que te daba ganas de toser y de vomitar.
»Esperé unos instantes oculto tras una roca. Los *Junkers* se habían ido. Pero, también, mis compañeros. Vi a uno de ellos arrastrándose con una sola pierna por el camino y caer yerto al cabo de unos pocos metros. Un caballo piafó y trotó de estampida, sin que me fuera posible detenerlo.
»Me había quedado solo. Disparé, en efecto, un tiro al aire y sólo me contestó, indignada, una abubilla.
»Tomé un trago de mi cantimplora que había cargado de coñac, me puse el fusil en banderola y seguí el camino.
»Caía la tarde. Las cornejas comenzaban a planear sobre la colina. Los farallones de roca amenazaban con derrumbarse. Los robles, los cerezos y las encinas alargaban como espadas sus sombras queriéndome amedrentar. Una tardía pareja de mariposas brotó delante de mí, sobre el camino, como advirtiéndome que no avanzase un paso más. Pero desde atrás me llegaba una confusa algarabía de pájaros carroñeros que se estaban cebando en aquellas horas, con los restos de lo que había sido la Quinta Compañía.
»El camino se bifurcaba y yo no tenía la menor idea de hacia donde se hallaba

nuestro derrotado ejército. Opté, por eso, por el de la derecha, que se perdía en un bosque de hayas. Por lo menos, les sería más difícil a los nacionales el encontrarme, caso de que sus avanzadas hubieran llegado hasta allí.

»El bosque respiraba como un inmenso animal herido. Los árboles se alzaban como muslos de un ciempiés vegetal. Sentía que aqellos árboles me odiaban. Pero no sabía por qué.

»Debajo de las tupidas ramas se había hecho la noche. Sólo brillaban los ojos de las ardillas y de un zorro asustado que atravesó el camino barriendo el polvo con su hopo.

»La senda subía, revolviéndose en espiral sobre sí misma como un sacacorchos. Y yo empezaba a jadear.

»Sentí el inconfundible sonido de una fuente. Sí, a pocos pasos corría un manantial. De un caño salía un chorro de agua helada. Me ardían las mejillas. Por eso, lo primero que hice fue refrescarme. El chorro cortaba como una cuchilla de una navaja barbera. Parecía brotar del mismo Polo Norte.

»Me incliné sobre el macuto y me puse a dormir, con el fusil recortado sobre mi pecho.

»Muy lejos sonaba, como una tormenta que se extingue, el duelo de la artillería. Leves chispazos violáceos o ambarinos saltaban sobre el escaso horizonte que se divisaba desde allí.

»Pero no pude cerrar los ojos. Estaba tenso como las cuerdas de un violín. Tenía presente, sobre todo, la imagen de mi compañero, con la pierna amputada y desangrándose sobre el camino, la de los intestinos, teñidos de bilis, de los servidores de la ametralladora, y me dolían todos los huesos.

»Oí como una pluma que se arrastraba por el polvo. Eran los pasos de una mujer calzada, quizá, con sandalias o alpargatas.

»"Una campesina" –pensé yo– y me puse en guardia. El cerrojo de mi Mauser rasgó el aire nocturno.

»Una sombra, aún más oscura que la del bosque, se detuvo ante mí.

»–¿Cansado? –brotó como un susurro de una garganta femenina.

»–Sí –me limité a contestar y dirigí subrepticiamente el cañón del fusil hacia el bulto.

»–Venga entonces conmigo. Tenemos una casa ahí arriba.

»Me levanté y seguí a la sombra, con el Mauser dispuesto a lanzar los cuatro proyectiles restantes de cargador.

»A unos cien metros de allí, el camino deba un viraje de ciento ochenta grados y en el recodo se encendió una luz. Era una casa campesina o tal vez un refugio para cazadores. Dos de las ventanas de la planta baja parecían los ojos iracundos de un demonio. Y supuse que se trataba de las llamas de un hogar que calentaba e iluminaba el comedor de la casa. Arriba, las tejas de las pizarras reflejaban las luces de las estrellas.

»La proximidad de una vivienda humana me hizo sentir más seguro. Además, ahora la sombra se había convertido en una espléndida mujer de unos cuarenta años de edad, morena y vestida de negro, que me sonreía.

»Entramos en la casa. Los goznes de las puerta chirriaron aunque parecían nuevos.

»El comedor era una estancia pequeña. El fuego de la chimenea destacaba el taraceado de la mesa y de las alcándaras. Las vigas se mostraban negras entre el blanco enjalbegado del techo y de las paredes. Una puertecilla se abría al fondo y desde el mismo comedor-sala de estar despegaba una escalera empinada y con

pasamanos de madera de roble que conducía a las habitaciones del piso superior.
»–¿Vive usted sola? –pregunté.
»–Sí, desde que fueron asesinados por los rojos, mi marido, mis hijos y mis dos hermanos.
»–Entonces, no comprendo por qué ha brindado usted su hospitalidad a un sargento rojo.
»–Los nacionales asesinaron a otros familiares míos. Para mí, ya todos los seres humanos son iguales.
»Se hizo un silencio ominoso. Mi anfitriona estaba ahora plenamente iluminada por la reverberación anaranjada del hogar.
»Era, como ya os dije antes, una real hembra. Vi cómo sus ojos verdes, teñidos por vetas amarillas, miraban con desconfianza el fusil. Pero debajo de la pañoleta, caía un río de oro, y bajo el vestido, humilde y negro como el de cualquier campesina, se adivinaban unas curvas y unas mamas divinas.
»Me sonrió y vi que le faltaban dos dientes de la hilada superior. No pude contener un escalofrío, pero recité para mí mismo:
»–"¿Quelle âme est sans défaut?" –y pedía a Dios que no volviera a sonreírme.
»–Voy a traerle la cena –cortó de repente–. Y desapareció por la puertecilla que daba, sin duda alguna, paso a la cocina.
»Una fuerte modorra se iba apoderando de mí. El vino espeso que la hospitalaria viuda me había servido junto a unos tacos de chorizo y jamón, pesaba como el plomo. Y yo dejé de rumiar estrofas enteras de las serranillas del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana.
»Isabel (así se llamaba la viuda) volvió a aparecer con una perola humeante. Contenía una espesa sopa de coles.
»Hablamos de las faenas del campo. Luego pasamos a temas más sombríos. El marido de Isabel , dos niños varones de once y nueve años de edad y dos hermanos habían muerto apaleados por los esbirros de la Casa del Pueblo, hacía todavía un mes. Ella vivía desde entonces en aquel albergue montañoso, perdido en el bosque, Cuando cayeran las primeras nieves tendría que huir hacia Cáceres o hacia Salamanca en donde tenía parientes.
»Sonó un viejo reloj de cuco dando las doce. Isabel me trajo un pierna de cordero y una bandeja de cerezas ya algo mustias. Comí con voracidad y tragué una jarra de aquel vino craso como la sangre que se colaba hasta en el tuétano.
»Se oyeron unos golpes en la puerta. Al principio pensé que era la mano del viento la que intentaba forzar las jambas. Pero no, era una mano humana. Isabel parecía asustada.
»Cogí el Mauser y descorrí rápidamente la barra de la puerta. Un rostro blanco como la harina se perfiló a pocos centímetros del suelo. Unos muñones sanguinolentos, se alzaban amenazadores contra mí. Y yo pude reconocer, con un escalofrío, que se trataba de mi compañero muerto sobre el camino, el mismo que se había arrastrado con una sola pierna durante unos metros hasta quedar sin una sola gota de sangre.
»–¡No dejes que entre aquí! – me suplicó Isabel, histérica.
»Apunté con el fusil entre los ojos vidriosos de aquella máscara y apreté el gatillo. La cabeza explotó en una nube de polvo de talco. Miré hacia fuera de la puerta por si quedaba algún rastro de aquel engendro, pero sólo pude percibir un reguero de sangre, y las huellas de un cuerpo que se había arrastrado hasta allí.
»Isabel se estrecho contra mí, temblando al ritmo de aquellas baterías que seguían disparando en lontananza.

»La besé en la boca. Un olor dulzón como el del arrope brotaba de ella, infiltrándose por el hueco de los incisivos superiores desaparecidos. Ella respondió a mi llamarada lujuriosa. Después se separó de mí y, tomando una palmatoria, encendió la vela en el hogar y me hizo señas de que la acompañara hasta arriba.

»La madera de pino apenas se estremeció con las pisadas de ella; sí, en cambio, con las mías.

»La luz de la vela recortó en la oscuridad una cama de matrimonio de altísimo dosel, una chimenea apagada, un espejo empañado, y un robusto armario de estilo castellano que olía a naftalina.

»Isabel empezó a desnudarse. Llevaba un saya de color blanco debajo del vestido negro. Luego, una combinación rosa con encajes. Me pidió que me desnudara también. Dejé el fusil apoyado en la mesilla de noche más próxima, y guardé en un cajón dos bombas de mano y la bayoneta. El resto de los arreos quedaron colgando sobre una silla de cáñamo.

»Luego, Isabel apagó la vela y fue una lástima porque a mí me hubiera gustado verla desnuda. Pero seguía sintiendo el «frú-frú» de su ropa interior que se deslizaba sobre su cutis sedoso.

»Me metí en la cama. De la otra habitación llegaban voces de niños, y conversaciones de rudos paisanos, pero lo atribuí a mi innegable intoxicación etílica.

»Sentí la piel fría de Isabel contra mi cuerpo febril. Quise poseerla. pero me fue imposible. Me fallaban los reflejos.

»–No, no, por favor, no lo intentes nunca. Estás muy cansado, además, demasiado fatigado y nervioso. Dormiremos como dos hermanos.

»No sé si fue mi impotencia o la piedad de Isabel (ahora lo comprendo) lo que me salvó la vida aquella noche. Lo cierto es que caí profundamente dormido, como si alguien me hubiese lanzado al fondo de un pozo.

»*Est prope Cimmerios, lunga spelunca recessu*, dice el poeta latino al referirse a la caverna de los sueños. Pues bien, yo me precipité en esa caverna.

»Y tuve unos sueños muy raros. Soñé que aquella noche el dormitorio se iluminaba, de repente, como con una especie de luz zodiacal. Tres hombres desnudos con el cuerpo cubierto de moratones, de heridas purulentas y de manchas rojizas, me miraban con máscaras de odio. No eran sus cuencas vacías y llenas de tierra las que me podían expresar ese odio sino sus dientes descarnados que se apretaban rechinando. Vi también que sus puños, en los que asomaban al aire libre trozos de hueso, me señalaban furiosos.

»Una mujer se interponía entre ellos y yo. Pero tenía un perfil siniestro. Los cabellos de oro estaban cubiertos de tierra y de lombrices apelmazadas por piltrafas de sangre y de carne. Una gran hendidura se abría en su occipucio, de donde manaba un líquido rosado lechoso. Sólo veía la parte superior de aquella mujer, pero era fácilmente reconocible por la pañoleta y el vestido negro ahora desgarrados y sucios.

»El olor a podredumbre me hacía moquear.

»Por fin, los ruegos de Isabel lograron apaciguar a los tres hombres, que desaparecieron . Todo volvió a quedar oscuro.

»Abrí los ojos y pude ver los primeros gallos de la Aurora. A mi derecha yacían los restos calcinados de una vivienda que no me fue difícil identificar por las tejas de pizarra y las dos ventanas, mimbadas de negro y sin cristales, que, la noche anterior, aparecieron vivas y alegres con el fuego de un hogar.

»Sentí, al mismo tiempo sobre mis costillas el mordisco de los terrones. ¡Estaba

tumbado a la intemperie! Pero sentí la reconfortante cuchillada del cañón frío de mi fusil.

»Felizmente, además, la misma mano piadosa de aquella pesadilla me había vestido con el uniforme, las botas y el resto de mis pertrechos.

»Antes de levantarme miré, desde la superficie de la tierra, a mi alrededor. Y tuve un estremecimiento: la mano exangüe de Isabel pero con las uñas horrorosamente crecidas, me seguía acariciando la mejilla. Todavía conservo aquí la cicatriz de la carne gangrenada con la que tuvo contacto uno de los dedos del cadáver. Excuso deciros qué me hubiese ocurrido si llego a realizar aquella noche el acto carnal con aquel fantasma.

»Pegué un salto y me puse de pie. En aquellos instantes no me detuve a considerar mi ingratitud hacia aquel cuerpo corrupto que yacía enterrado debajo de mí. No sentí compasión por aquella mano que buscaba un rostro vivo y la caricia del sol.

»La cerca me obligaba a escapar por encima de un montículo en dirección a la puerta del jardín. Pero advertí que los terrones empezaban a desmoronarse, que entre ellos surgían unas manos desencarnadas y restos humanos en putrefacción. Se alzaba un vapor pestífero entre los árboles.

»Procedí, a partir de ese momento como un autómata. Tiré las anillas de las bombas de mano y las lancé contra el montículo aunque estaba expuesto a que la onda expansiva se convirtiera en camarada de aquellos engendros iracundos.

»Sendas explosiones convirtieron la tierra en un cráter de fuego y de humo. Fui lanzado contra un tronco de árbol, pero no caí. Con la tierra aún caliente bajo mis botas, pasé por encima del túmulo. Una mano sobrecogedora intentó agarrarme pero yo me zafé con facilidad.

»Corría ahora, cuesta abajo, por una pendiente que terminaba en una ancha llanura.

»Pasé al lado de una valla, ya sin correr. Me sabían a hierro los pulmones. El fusil me había hecho una muesca sanguinolenta en la palma de la mano.

»Sonó una explosión. Un trozo de muro se desplomó tras de mí. Reían los ladrillos como si fueran de cristal. Reanudé la carrera.

»Otra sección de muro se desplomó tras de mí. Retumbaban a lo lejos unas carcajadas.

»Luego, me enteré que un grupo de nacionales estaba haciendo prácticas de mortero y me habían tomado como diana.

»Una tercera granada me derribó. Había caído en una trinchera. Me arrastré como una lagartija, hasta ocultarme en una casamata.

»Allí, me encontraron los de la Séptima Compañía, aquella misma tarde. Durante casi doce horas no había dejado de murmurar:

»–"¡Quitadme esa mano verde!"».

Los dos matrimonios se estremecieron. Una astilla más gruesa crepitó. El fuego del hogar parecía ahora hinchar su tórax como si fuese el dios de la guerra.

Se oyeron unos leves golpes en la ventana. Luego, unos arañazos. Era como un grueso pájaro herido que intentase quebrar el vidrio.

–Todos los sábado, a estas horas, quiere entrar. Son sólo unos segundos. No hagáis caso...

Pero Luisa se había desvanecido y el profesor Diéguez gritó, sin poder contenerse, como nunca había gritado en su vida, víctima de un sentimiento de pánico.

–Es la mano verde. Nosotros ya estamos habituados a ella. –comentó Carmen–.